
El cuerpo a cuerpo con la madre*

Luce Irigaray

Mi intención es proponer, con una articulación más o menos elegante o inelegante, un cierto número de temas de discusión. En otras palabras: expondré sobre todo algunos interrogantes que me han sugerido, entre otras cosas, los numerosísimos encuentros que he tenido desde mi llegada a Quebec.

Esto me ha impulsado a proponer una serie de reflexiones, motivo de intercambios y de discusiones, en vez de la conferencia más coherente que traía redactada de París.

El amplísimo número de estas cuestiones llegó a asustarme y he tenido que hacer una reelección, así de pronto, en el último momento. Pero algunas me han sido sugeridas, en ciertos casos, por varias de las mujeres que he conocido desde mi llegada a Montreal y cuya presencia me alegra mucho sentir aquí esta noche. Espero que ellas las reconocerán y tal vez podrán relanzar los debates que se han desarrollado entre nosotras desde que estoy aquí.

Para empezar, quisiera agradecer al comité organizador del coloquio sobre la salud mental la elección del tema "Las mujeres y la locura", esto es, su contribución a sacar del silencio un sufrimiento masivo de las mujeres que con demasiada frecuencia se mantiene escondido.

Me sorprende —y no me sorprende, ¡por desgracia!, pero me gusta seguir sorprendiéndome— que tan pocos profesionales hombres hayan venido hoy a escuchar lo que pueden decir las mujeres sobre su locura.

* Conferencia presentada en el 5o. Coloquio quebequés sobre la salud mental: *Las mujeres y la locura*, celebrado en Montreal el 30 y 31 de mayo de 1980. Publicado en Luce Irigaray, *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir*, laSal, edicions de les dones, Barcelona, 1985, traducción de Mireia Bofill y Anna Carvallo.

Su ausencia, siendo como son mayoritariamente los médicos de esas mujeres enfermas, constituye un síntoma de su práctica clínica, concretamente psiquiátrica.

Al parecer, poco les importa lo que dicen las mujeres. Se bastan por sí mismos para saber qué ocurre con ellas y el tratamiento que deben recetarles o imponerles. Ninguna necesidad de escucharlas, a ellas. Lo cual sin duda explica sus opciones terapéuticas, de las que se ha hablado esta mañana. Pero he oído irritarse tantas veces a los hombres contra los encuentros no mixtos entre mujeres, queriendo penetrar a cualquier precio entre ellas, que su ausencia de hoy me parece todavía más significativa. No estaban excluidos de este coloquio en el que tomarían mayoritariamente la palabra las mujeres. ¿Cómo se explica, entonces, que su curiosidad no los haya impulsado a venir a escuchar, por una vez? ¡A los que están aquí presentes les toca comprender el por qué y en qué sentido representan ellos una excepción!

Lo que ha retenido a los demás, esto es, a la mayoría de los profesionales, ¿no entrará dentro del registro del poder? En efecto, no dominan este coloquio. ¿O del registro de la vergüenza, vistas las estadísticas que se han expuesto esta mañana? ¿O del desprecio? El coloquio ha sido organizado por y para las mujeres. ¿De la indiferencia sexual? Dejo abierta la interpretación.

En cualquier caso, esta ausencia constituye, por sí sola, una explicación de la locura de las mujeres: su palabra no se oye. Lo que ellas dicen no tiene derecho de ciudadanía en la elaboración de los diagnósticos, de las decisiones terapéuticas que las afectan. Los discursos y prácticas científicas serias siguen siendo privilegio de los hombres. Como la gestión de lo político en general y de lo más privado de nuestras vidas de mujeres. En todas partes, en todo, sus discursos, sus valores, sus sueños y sus deseos dictan la ley. En todas partes y en todo definen la función y el papel social de las mujeres y, desde ya, la identidad que éstas deben tener o no tener. Ellos saben. Ellos tienen acceso a la verdad. Nosotras no. ¡A duras penas a la ficción, a veces!

Como me confesaba no hace mucho un amigo particularmente "honesto", no sin sorprenderse de su propio descubrimiento: "Es cierto, siempre he pensado que todas las mujeres estaban locas." Y añadió: "Sin duda así pretendía soslayar el tema de mi propia locura."

Así se plantea efectivamente la cuestión. Cada sexo tiene relación con la locura. Todo deseo tiene relación con la locura. Pero, aparente-

mente, un deseo se ha tomado a sí mismo como sabiduría, medida y verdad, dejando al otro sexo el peso de una locura que él mismo no quería ver ni llevar.

Esta relación del deseo con la locura tiene lugar de forma privilegiada en la relación con la madre. Tanto para el hombre como para la mujer. Pero, con demasiada frecuencia, el hombre abdica de ella y la descarga sobre la mujer, las mujeres.

Deseo loco, esta relación con la madre, ya que constituye "el continente negro" por excelencia. Permanece en la sombra de nuestra cultura, es su noche y sus infiernos. Pero los hombres no pueden prescindir de ella, no más (y más bien menos) que las mujeres. Y si actualmente existe una tal polarización sobre los temas de la concepción y del aborto, ¿no será para escapar una vez más a la pregunta sobre qué ha sido de la relación imaginaria y simbólica con la madre, con la mujer madre; qué ha sido de esta mujer más allá de su papel social y material de reproductora de criaturas, de nodriza, de reproductora de fuerza de trabajo?

Una función que subyace a todo el orden social, y al orden del deseo, pero que siempre se mantiene dentro de una cierta dimensión de necesidad. A través de la satisfacción de las necesidades individuales y sociales se exorcisa a menudo lo que hay de potencia femenina maternal, particularmente en lo tocante al deseo.

El deseo de ella, su deseo (de ella), esto es, lo que viene a prohibir la ley del padre, de todos los padres. Padres de familia, padres de naciones, padres—médicos, padres—curas, padres—profesores. Morales o inmorales. Siempre intervienen para censurar, rechazar, con todo el buen sentido y la buena salud, el deseo de la madre.

Tal vez hayamos llegado a un momento de la historia en que ya no es posible seguir evitando esta cuestión de dominación que ejercen los padres. Un momento que vendría determinado —o ayudado— por varias causas: la contracepción y el aborto, que plantean el tema del sentido de la maternidad, y las mujeres (sobre todo a partir del hecho de su entrada y sus encuentros en los circuitos de la producción), que han iniciado la búsqueda de su identidad sexual y comienzan a salir del silencio.

A partir de aquí, tanto los hechos más cotidianos como el conjunto de la sociedad y de nuestra cultura evidencian que esta sociedad y esta cultura funcionan originariamente sobre la base de un matricidio.

Cuando Freud describe y teoriza, concretamente en *Totem y tabú*, el asesinato del padre como fundador de la horda primitiva, olvida un asesinato más arcaico: el de la mujer-madre, necesario para el establecimiento de un determinado orden en la ciudad.

Con algunos añadidos, nuestro imaginario continúa funcionando según el esquema de las mitologías y tragedias griegas. Tomaré, por tanto, el ejemplo del asesinato de Clitemnestra en la *Orestíada*.

Clitemnestra, desde luego, no corresponde a esta imagen de virgen-madre que vienen proponiéndonos como ideal desde hace siglos. Sigue siendo una amante apasionada. Y además llegará hasta el crimen pasional, matará a su hombre. Pero, ¿por qué?

Hacia años y años que él estaba en el extranjero, adonde había partido con otros hombres para reconquistar a la bella Helena. En total rivalidad, entre hombres. Para llevar a buen término su expedición militar y amorosa, hizo inmolarse a Ifigenia, la hija adolescente que había tenido con Clitemnestra. Cuando regresa lo hace acompañado de otra mujer, su enésima amante sin duda.

Clitemnestra también tenía un amante. Pero ella creía muerto a su hombre después de tanto tiempo sin tener noticia de él. Entonces Clitemnestra mata a Agamenón, que regresa glorioso con su amante. Lo mata por celos, tal vez también por miedo, y porque ha permanecido insatisfecha y frustrada durante tan largo tiempo.

Pero el orden pide que, a su vez, ella muera a manos de su hijo, inspirado por el oráculo de Apolo, hijo dilecto de Zeus: el Dios Padre. Orestes mata a su madre porque así lo exigen el imperio del Dios Padre y su apropiación de los arcaicos poderes de la tierra-madre. Mata a su madre y enloquece a resultas de ello, al igual que su hermana Electra. Pero Electra, la hija, continuará loca. El hijo matricida debe ser salvado de la locura para poder instaurar el orden patriarcal. El bello Apolo, más amante de los hombres que de las mujeres, amante narcisista de su cuerpo y de su palabra, amante que hace tan poco el amor como Ateona, su hermana del mismo padre Zeus, le ayuda a salir de la locura.

Locura que, por otra parte, se presenta como una banda de mujeres encolerizadas que lo persiguen, lo acosan por doquier, como apariciones de su madre: las Eríneas. Mujeres que claman venganza, otras en rebelión que persiguen, unidas, al hijo asesino de la madre. Mujeres en lucha, una suerte de histéricas, revolucionarias, que se sublevaron contra el poder patriarcal que, en ese momento, se encuentra en vías de instaurarse.

Como veis, todo esto es sumamente actual. La mitología no ha cambiado, todo esto sigue ocurriendo. Sigue teniendo lugar, al igual que surgen, de aquí y de allá, las Ateneas de turno engendradas por el solo cerebro del Padre-Rey. Totalmente a sueldo suyo —o sea, al de los hombres en el poder— y que entierran a las mujeres en lucha bajo su santuario, para que no perturben el orden de los hogares, el orden de la ciudad, el orden, punto. Reconoceréis a estas Ateneas de turno, modelos perfectos de feminidad, siempre veladas y acicaladas de la cabeza a los pies, muy dignas, por esta característica: son extraordinariamente duchas en la seducción (que no es forzosamente lo mismo que seductoras), extraordinariamente duchas en la seducción pero hacer el amor, de hecho, no les interesa.

El asesinato de la madre se salda, pues, con la impunidad del hijo, el enterramiento de la locura de las mujeres —o el enterramiento de las mujeres en la locura—, el acceso a la imagen de la diosa virgen, obediente de la ley del padre. Y, de hecho, cuando Edipo haga el amor con su madre, de entrada esto no le causará ningún daño, si se nos permite decirlo así. En cambio, se volverá ciego y loco al saber que se trataba de su madre. Aquella a quien él ya había matado, según su mitología.

Esta es una interpretación posible y que nunca tiene lugar. El suceso se asocia siempre a la ocupación del lugar del padre, al asesinato simbólico del padre. Ahora bien, Edipo reactualiza sin duda la locura de Orestes. Teme a su madre cuando ésta se le revela como tal. Su crimen original le retorna como un eco, teme y detesta su acto, y a aquella que ha sido objeto del mismo. Secundariamente se enfrenta con la ley del padre. Pero quiero decir que lo hace en segundo lugar

Ahora bien, ¿toda teoría y toda práctica de inspiración analítica no están acaso basadas en esta ambivalencia de Edipo frente a su padre? Ambivalencia que tiene como prenda a la madre, pero que se proyectaría retroactivamente sobre la relación arcaica con el cuerpo de la madre. Y, ciertamente, al ocuparse de la vida pulsional, el psicoanálisis nos habla del seno de la madre, de la leche que ella da a beber, de las heces que ella recoge —regalo por el que manifiesta mayor o menor interés— e incluso de su mirada y de su voz. Demasiado poco, sin duda. ¿Todo ese cuerpo a cuerpo con la madre, que no deja de plantear sus dificultades, no se fantasea, de hecho, ya postedípicamente? ¿Reproyectado a partir del edipo? ¿La madre no queda ya desgarrada en pedazos por el odio de Edipo cuando es así dividida en fases, cada parte de su cuerpo teniendo que

ser investida y luego desinvertida para poder crecer? Y cuando Freud habla del despedazamiento del padre por los hijos de la horda primitiva, ¿no olvida acaso, con una total negación e ingratitud, a aquella que ha quedado desgarrada entre hijos y padre, entre los hijos?

Una relación de “pulsiones parciales”, por tanto, que irían dirigidas al cuerpo que los trajo al mundo, enteros. Definiendo la pulsión genital como aquella merced a la cual el pene fálico le arrebatría a la madre el poder de hacer nacer, de alimentar, de centrar. ¿El falo erigiéndose en el lugar que antes ocupaba el cordón umbilical? Convirtiéndose en organizador del mundo de y para el hombre-padre, en el lugar en el cual el cordón umbilical —primer vínculo con la madre— ha hecho nacer el cuerpo del hombre y de la mujer. En una matriz original, primera tierra nutricia, primeras aguas, primera envoltura en la que la criatura se mantiene ENTERA, y la madre ENTERA. En la cual se hallan ligados, según los términos de una relación ciertamente disimétrica, previamente a todo corte y recorte de sus cuerpos en pedazos.

Los psicoanalistas ven bastante mal este primer momento, nocturno por otra parte. “Regresión fetal”, dicen, sobre la cual no puede decirse gran cosa. Planea una prohibición. Habría un riesgo de fusión, de muerte, de sueño letal, si el padre no viniera a romper ese vínculo demasiado estrecho con la matriz original. Para poner, en su lugar, la matriz de su lengua. Pero su ley proscribía ese primer cuerpo, esa primera casa, ese primer amor. Lo sacrifica para convertirlo en materia de su lengua y de su imperio.

Y cuando se le da apellido a la criatura, éste ya viene a ocupar el lugar de la señal más irreductible del nacimiento, *el ombligo*. El apellido e incluso ya el nombre de pila siempre se hallan desfasados respecto al más irreductible rastro de identidad: la cicatriz del corte del cordón. El apellido y hasta el nombre de pila se deslizan sobre el cuerpo cual revestimientos, piezas de identidad exteriores al cuerpo.

Sin embargo, el psicoanalista, cualquiera que sea el uso que haga de la ley, de lo simbólico, de la lengua y del apellido (el nombre del padre), en su práctica, al menos en general, se sitúa detrás del analizando, cual la madre hacia la que no deberíamos volvernos. Se trataría de progresar, de avanzar, de salir, olvidándola. Y si el paciente se volviera, ¿se encontraría tal vez con que ella había desaparecido? ¿La habría aniquilado? ¿Como Orfeo que devuelve a Eurídice a los infiernos al volverse?

El orden social, nuestra cultura, el mismo psicoanálisis, así lo quieren: la madre debe permanecer prohibida. El padre prohíbe el cuerpo a cuerpo con la madre.

Pero me entran deseos de añadir: ¡si al menos fuera cierto! Estaríamos muchísimo más en paz con nuestros cuerpos, que los hombres tanto necesitan para alimentar su libido. Pues la prohibición, por formal que sea, no impide un cierto número de cosas.

¿Pero dónde queda, para nosotras, lo imaginario y lo simbólico de la vida intrauterina y del primer cuerpo a cuerpo con la madre? ¿En qué noche, en qué locura quedan abandonados?

Y la relación con la placenta, esa primera casa que nos rodea y cuyo halo transportamos por todas partes, cual una seguridad del primer momento, ¿cómo se representa esta relación en nuestra cultura?

A falta de una representación de la misma, ¿no existe siempre el peligro de reconstituir la matriz original? ¿De buscar refugio en todos los cuerpos abiertos? ¿De habitar y anidar incesantemente en el cuerpo de las otras?

Así, la abertura de la madre o, por qué no, la abertura a la madre, aparecen como la amenaza de contagio, de contaminación, de hundimiento en la enfermedad: en la locura. Nada de todo lo cual, evidentemente, permitirá avanzar progresivamente con paso seguro. Ninguna escalera de Jacob permite volver a la madre. La escalera de Jacob sube siempre al cielo, hacia el Padre y Señor, el Salvador.

¿Y quién creería, por otra parte, en la inocencia de este vínculo con la madre, cuando sobre quien intenta ligarse a ella recae el crimen perpetuado contra ella?

La madre se ha convertido en monstruo devorador por efecto retroactivo del consumo ciego que de ella se hace dentro de su vientre. Su boca, su garganta, su vientre se abren con sorpresa ante la gestación y el nacimiento, dados sin reservas a través de ella. ¿A menos que sea un asesinato para olvidar el placer?

El carácter inalterable de lo que, en las terapias analíticas, se denomina "oralidad", la sed infinita, el deseo de estar colmado de ella del que tanto nos hablan y que, según dicen, hace imposibles ciertas curas, ese carácter abismal de una boca de lactante —o de un sexo de mujer, por otra parte—, ¿no se piensa o fantasea ya a partir del odio de Edipo? No hay motivo alguno para que el hambre de una criatura ni el apetito sexual de una mujer deban ser insaciables. Todo demuestra lo contrario.

Pero esa abertura bucal de la criatura se convierte en abismo cuando se censura la estancia *in utero* y cuando el corte con esa primera morada y la primera nodriza permanece sin interpretar, impensado, en su cicatriz. Entonces, lo que la criatura pide al seno materno, ¿no es acaso recibirlo todo? Ese todo que recibía en el vientre de su madre: la vida, la casa, la que habita y la de su cuerpo, el alimento, el aire, el calor, el movimiento, etc. Este todo se desplazaría a la avidez oral, a la falta de hallarse situado en su espacio, en su tiempo, y en el exilio de aquéllos.

La herida imparable, e irreparable, es la del corte del cordón. Cuando el padre o la madre amenazan a Edipo con el cuchillo o las tijeras, olvidan que el cordón ha sido cortado ya y que basta dejar constancia de ello.

El problema está en que al negar a la madre su poder de engendrar, al querer ser el único Padre (con mayúscula), éste superpone al mundo corporal, carnal, arcaico, un universo de lengua que ya no echa raíces en aquél, excepto como si arraigara en un agujero en el centro del vientre. ¿Cual una estaca o un árbol hundido en la tierra y que delimitaría el espacio sagrado dentro de toda tradición religiosa? Un lugar seguro, sin duda, en el cual puede reunirse el pueblo (¿de los hombres?), pero también lugar de sacrificio, lugar basado en la inmolación que consagra su espacio.

Se sacrifica la fertilidad de la tierra para delimitar el horizonte cultural de la lengua paterna (erróneamente llamada materna). Pero esto no se dice. Al olvido de la cicatriz del ombligo correspondería el agujero en la tela de araña de la lengua. Red que se querría prestar o devolver al poder materno, a la madre fálica; pero cuando se proyecta así sobre ella, se convierte en una reja defensiva proyectada por el hombre-padre sobre los abismos de un vientre mudo y amenazador, amenazador porque mudo. Así, la matriz, no pensada como lugar de la primera morada en la que nos hacemos cuerpo, se fantasea como boca devoradora, como cloaca o vertedero anal o uretral, como imperio fálico, como reproductora en el mejor de los casos. La matriz con la cual se confunde, en un imaginario siempre mudo, todo el sexo de la mujer.

Para hablar de él, para nombrarlo, no hay palabras que sean sucias. Y, como efectos correspondientes, la angustia, la fobia, la aversión y la obsesión de la castración. Experimentados cuando se produce el retorno a lo que siempre se ha negado, denegado, sacrificado para y en la construcción del mundo simbólico paterno.

¿La angustia de la castración no será una rememoración inconsciente del sacrificio que consagra la erección fálica como único valor sexual? El mismo nombre del padre no bastaría como salvaguarda para mantener siempre erecto el sexo del hijo. Y no es el asesinato del padre el que sostiene y amenaza la erección fálica, como nos hace creer el psicoanálisis en una suerte de fe en la tradición y la religión patriarcales.

A menos —pero, hasta hoy, esto sigue siendo impensable— que ese deseo de asesinato del padre no sea un deseo de ocupar su lugar, un deseo rival y competitivo con él, sino deseo de abolir al que ha roto artificialmente el vínculo con la madre para hacerse con el poder.

La erección fálica no todopoderosa sería entonces la versión masculina del vínculo umbilical. Repetiría, si respetaba la vida de la madre —de la madre en toda mujer, de la mujer en toda madre—, el vínculo vivo con ésta. En el lugar que ocupaba el cordón, aparecería el pene que une, da vida, abreve, alimenta y recentra al cuerpo recordando, en la eyaculación y la detumescencia, la efusión y la cicatriz original que marcan el paso de la vida intrauterina al nacimiento, para el hombre y para la mujer.

Esta no tendría nada que envidiar al pene, que repetiría, con ella, la escena de la concepción, de la gestación y del nacimiento. Nada de privilegio para uno u otro sexo, un doble re-traer al mundo por y en el reconocimiento del goce de uno y otra. Una doble separación, una doble cicatriz. No la misma, sin duda: interna (también externa, puesto que ella nace igualmente) para la mujer, externa para el hombre. La separación de uno y otra difiere. Mientras que él se aleja y sale de ella, abandonando su vientre, ella es vivida como la que pone fin a la erección dando a luz su goce.

¿De qué pueden servirnos todas estas descripciones a nosotras, las mujeres? Puede que a algunas os haya sorprendido que aborde las cosas por este lado. Pero comprender e interpretar todo esto viene a representar para nosotras la salida de un mundo de locura que, de hecho, no es el nuestro. De un miedo a la noche, de un miedo a lo no identificable, de miedo a un asesinato original que, culturalmente, no es el nuestro. Pienso que es muy importante tomar nota de ello, porque nos siguen colocando una y otra vez en los lugares de esas proyecciones. Y porque todavía nos vemos presas y cautivas, una y otra vez, de esos fantasmas, de esa ambivalencia y de esa locura, que no es la nuestra, y devolvámosles a los hombres la suya.

Por nuestra parte, creo que es importante que rehusemos someter-nos a una función *abstracta* de reproducción y a un papel social desub-jetivado, regido por un cierto orden, sometido a la división del trabajo —productor/reproductora—, que nos encierra en una simple función. ¿Se ha pedido jamás a los padres que renuncien a ser hombres? Nosotras no tenemos que renunciar a ser mujeres para ser madres.

Otra cuestión. Me propongo enunciar varias de ellas para abrir o introducir el diálogo entre nosotras. También es importante que descubramos y afirmemos que siempre somos madres, desde el momento que somos mujeres. Traemos al mundo otras cosas además de criaturas, procreamos y creamos otras cosas además de criaturas: amor, deseo, lenguaje, arte, expresión social, política, religiosa, etc. Pero esta creación, esta procreación, nos ha estado secularmente prohibida y es preciso que nos reapropriemos esta dimensión maternal, que en tanto mujeres nos pertenece.

La cuestión de tener o no tener hijos, para que no se plantee de forma traumatizante y patológica, ¿no debería abordarse siempre sobre el trasfondo de otra procreación: una procreación, una creación del imaginario y lo simbólico (si se quieren emplear estas palabras). Las mujeres y sus criaturas saldrían ganando infinitamente con ello.

Otro aspecto que debemos cuidar es, sobre todo, no volver a matar a esa madre sacrificada en el origen de nuestra cultura. Se trata de devolverle la vida a esa madre, a nuestra madre en nosotras, y entre nosotras. De no aceptar que su deseo quede anulado por la ley del padre. De darle el derecho al placer, al goce, a la pasión. De darle el derecho a las palabras y, por qué no, a veces a los gritos, a la cólera.

También tenemos que encontrar, reencontrar, inventar, descubrir, las palabras para nombrar la relación a la vez más arcaica y más actual con el cuerpo de la madre, con nuestro cuerpo, las frases que traducen el vínculo entre su cuerpo, el nuestro, el de nuestras hijas. Un lenguaje que no sustituya al cuerpo a cuerpo, como lo hace la lengua paterna, sino que lo acompañe; palabras que no cierren el paso a lo corporal, sino que hablen en "corporal".

Es importante que conservemos nuestros cuerpos al mismo tiempo que los sacamos del silencio y la servidumbre. Históricamente, somos las guardianas de lo corporal; no debemos abandonar esta guardia, sino identificarla como nuestra, invitando a los hombres a no convertirnos en "sus cuerpos", una salvaguarda de sus cuerpos. Su libido precisa, a

menudo, que alguna (mujer–madre) guarde su cuerpo. En este sentido necesitan a una mujer en la casa, aunque tengan amantes en otras partes. Este es un punto muy importante, aunque parezca benigno.

Por tanto, es deseable, para nosotras, que hablemos durante el intercambio amoroso. Y también es importante que hablemos mientras alimentamos a una criatura, para que no viva esa alimentación como atiborramiento violento, como violación. Es importante hablar mientras acariciamos otro cuerpo. El silencio es tanto más vivo cuando existe la palabra. No nos dejemos convertir en las guardianas del mutismo, de un mutismo de muerte.

Pienso que también es necesario, para no ser cómplices del asesinato de la madre, que afirmemos la existencia de una genealogía de mujeres. Una genealogía de mujeres dentro de nuestra familia: después de todo, tenemos una madre, una abuela, una bisabuela, hijas. Olvidamos demasiado esta genealogía de mujeres puesto que estamos exiliadas (si se me permite decirlo así) en la familia del padre–marido; dicho de otro modo, nos vemos inducidas a renegar de ella. Intentemos situarnos dentro de esta genealogía femenina, para conquistar y conservar nuestra identidad. Y no olvidemos tampoco que ya tenemos una historia, que en la historia, aunque haya sido difícil, han existido algunas mujeres y que con demasiada frecuencia las olvidamos.

A través de todo esto, lo que debemos hacer (pero no se trata de hacer lo uno antes que lo otro) es descubrir nuestra identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro autoerotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestra homosexualidad. Sin olvidar que las mujeres, dado que el primer cuerpo con el cual tienen contacto, el primer amor con el que tienen contacto es un amor maternal, es un cuerpo de mujer, las mujeres, digo, mantienen siempre —a menos que renuncien a su deseo— una cierta relación arcaica y primaria con lo que se denomina homosexualidad. En tanto que los hombres, normalmente, se situarían siempre en la heterosexualidad, puesto que su primer objeto de amor y de deseo es un cuerpo de mujer. Para las mujeres, la primera relación de deseo y de amor va dirigida al cuerpo de una mujer. Y cuando la teoría analítica dice que la niña debe renunciar al amor de y hacia su madre, al deseo de y hacia su madre, a fin de acceder al deseo del padre, está sometiendo a la mujer a una heterosexualidad normativa, corriente en nuestras sociedades, pero completamente patógena y patológica. Ni la niña ni la mujer deben renunciar al amor a su madre.

Intentemos descubrir también la singularidad de nuestro amor hacia otras mujeres. Lo que podríamos llamar (pero no me gustan estas palabras-etiqueta) entre muchas comillas ""homosexualidad secundaria"". Con ello intento designar simplemente una diferencia entre el amor arcaico a la madre y el amor hacia las otras mujeres-hermanas. Este amor es necesario para no seguir siendo servidoras del culto fálico, u objetos de uso y de intercambio entre los hombres, objetos rivales en el mercado, situación en la que nos han puesto a todas.

Es importante que descubramos la singularidad de nuestro goce. Desde luego es posible que una mujer goce según el modelo fálico y no faltarán hombres ni pornógrafos dispuestos a hacer decir a las mujeres que gozan extraordinariamente dentro de tal economía. Pero subsiste el interrogante de si entonces no se ven exiliadas de sí mismas. Perdidas para ellas mismas, sin imágenes, sin espejo, que las devuelvan a su identidad. Existen al menos dos modos de goce para las mujeres. Uno, programado dentro de una cierta economía libidinal, según un cierto orden fálico. El otro, mucho más correlacionado con lo que son, con su identidad sexual. Y, con frecuencia, las mujeres son completamente desgraciadas, están paralizadas, se dicen frías, porque no llegan a abrirse dentro de determinado modelo normativo de economía sexual, cuando tal vez lo conseguirían si intentaran reencontrar su propio goce. Lo cual no significa que deba renunciarse al otro. No es mi intención poner a quienquiera que sea ante alternativas y elecciones. Dicho lo cual, pienso que, para descubrir la propia identidad sexual, es importante saber que para nosotras existe otra relación con el goce, distinta de la que funciona según el modelo fálico.

Tenemos muchas cosas que hacer... ¡Pero más vale tener el futuro por delante que por detrás!... [*Risas de la sala*].

No esperemos, cual bellas durmientes del bosque, que llegue el príncipe encantado para despertarnos, ni que el dios-falo nos conceda su gracia. El dios-falo, sí, pues si "Dios ha muerto", el falo sigue bien vivo. [*Risas*]

¡Y muchos portadores del susodicho falo no se toman acaso hoy por dioses hechos y derechos! [*Risas*.] En todas partes, también y todavía, y quisiera acabar con este punto, dentro de la santa Iglesia católica... [*Risas*]... cuyo sumo sacerdote considera apropiado volvernos a prohibir, hoy en día, los anticonceptivos, el aborto, la homosexualidad, las relaciones extraconyugales, etc. Entonces, cuando ese

ministro de Dios únicamente, del Dios-Padre, pronuncie las palabras eucarísticas: "Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre", según el rito canibalístico que ha sido secularmente el nuestro, tal vez podríamos recordarle que él no estaría allí si nuestro cuerpo y nuestra sangre no le hubieran dado vida. [*Risas*] Y que es a nosotras, a las mujeres-madres, a quienes está ofreciendo como alimento cuando así procede. Pero esto no debe saberse. Por esto las mujeres no pueden celebrar la Eucaristía. . . Parte de la verdad que se oculta tras ella quedaría brutalmente desenmascarada.